

LAS CONVERSACIONES KENNEDY-MACMILLAN

INTERDEPENDENCIA, INDEPENDENCIA Y DEPENDENCIA EN LA ALIANZA ATLANTICA

C'est l'avenir de l'O.T.A.N. qui est la grande affaire.

JULES ROMAÏNS.

Una buena porción del curso de los asuntos mundiales se ha sintetizado en un pensamiento-guía de uno de los Informes del *Rockefeller Brothers Fund*: *El surgimiento de una Europa unida y el de una China altamente organizada son los más obvios signos de que las fuerzas del bipolarismo existentes en la fase de la postguerra han comenzado a caer.*

En un período en el que las fuerzas de represalia de los Estados Unidos y de la U. R. S. S. son casi invulnerables (P. Gallois), el equilibrio dentro de la Alianza Atlántica está cambiando. «En el curso del tiempo—ha dicho Mr. Heath (lord del Sello Privado y ministro encargado de las negociaciones con la C. E. E.), en el Consejo de la U. E. O., 10 abril 1962—, habrá dos grandes agrupaciones en el Occidente: Norteamérica y Europa.»

El mismo secretario norteamericano de Estado—Dean Rusk—ha reconocido cómo un cierto número de elementos permiten pensar que *la situación mundial venía a ser más flúida, más sujeta a la evolución* (Conferencia de Prensa, 10 diciembre 1962).

Pues bien; sobre ese fondo hemos de proyectar las recientes conversaciones Kennedy-Macmillan, uno de los principales acontecimientos del llamado mundo libre en el pasado año 1962 (*).

(*) Damos por descontado en el lector la suficiente capacidad de discernimiento para comprender que, contando con la reglamentaria extensión asignada a esta clase de trabajos, no cabe abordar toda la multiforme variedad de perfiles que el título del texto supone. Por ejemplo, las implicaciones del asunto Gran Bretaña-Europa. O las proyecciones—resistencia a la transformación en *Estado guarnición*—y aprehensiones germanas. Y otros temas de seguridad. (*Vid.*, p. ej., Alastair Buchan: *NATO in the 1960's. The Implications of Interdependence*, Londres, The Institute for Strategic Studies, 1960, XII más 131 páginas; etc.)

I. *Las conversaciones de Nassau y los resultados comunicados.*

Del 18 al 21 de diciembre, el presidente estadounidense y el primer ministro británico se reunían en Nassau, acompañados de McNamara—secretario norteamericano de Defensa—, de Ball—subsecretario de Estado—y de lord Home—secretario del *Foreign Office*—, de Thorneycroft—ministro de Defensa del Reino Unido—y de Sandys—secretario inglés de Estado para las relaciones con la *Commonwealth*—.

En estas entrevistas, Kennedy explicaba a Macmillan cómo no era posible esperar que el *Skybolt*—arma extremadamente compleja—pudiera ser puesto a punto en los límites financieros o en los plazos previstos al lanzarse el programa. Tales circunstancias y el hecho de la existencia de otras armas *de recambio* en los Estados Unidos habían llevado a la interrupción de los planes de producción del *Skybolt* para su utilización por parte norteamericana.

No obstante, reconociendo la importancia de esa arma para el Reino Unido y recordando que el fin del ofrecimiento de tal proyectil a la Gran Bretaña—en 1960—había sido facilitar el mejoramiento y la extensión de la utilización de los bombarderos *Vulcan*, Kennedy se declaraba dispuesto a proseguir el desenvolvimiento del *Skybolt* como una *empresa común* de los Estados Unidos y del Reino Unido, compartiendo por igual el coste de su producción. (*Vid.* el punto 2 de la Declaración sobre la defensa nuclear.)

Pues bien; aunque Macmillan reconocía el valor de la oferta norteamericana, estimaba—después de un completo examen de la cuestión—que no podía aceptarla, teniendo en cuenta las dudas expresadas sobre las perspectivas del éxito del arma, la incertidumbre de la fecha de su entrada en funcionamiento y de los gastos totales del programa (punto 3). (Dícese que esos gastos requerirían un aumento del 30 por 100, aproximadamente, en el impuesto inglés sobre la renta. ¡Tremebunda empresa, en verdad!)

¿Solución al problema?

Por parte americana, se sugería una posible *solución de recambio*: utilización del *Hound Dog* por la R. A. F. Sugerencia no aceptada del lado británico (punto 4).

Y así se iba a la *solución Polaris*. Era el primer ministro inglés quien evocaba la posibilidad del suministro de proyectiles *Polaris* al Reino Unido

por parte estadounidense. Los dos políticos anglosajones se ponían de acuerdo en que Washington proporcione—sobre una base permanente—*Polaris* para los submarinos británicos. Es el Gobierno de Su Majestad quien ha de construir tales sumergibles y las *ojivas* nucleares para los *Polaris*. Igualmente, los Estados Unidos estudiarán la posibilidad de conceder ciertas *facilidades* para esos submarinos (punto 8).

Tras el examen detallado del asunto de los *Polaris* por el presidente norteamericano y el *premier* inglés, conviene advertir que la decisión adoptada lo era *en función de la futura defensa de la Alianza atlántica y de la seguridad del conjunto del mundo libre* (punto 5).

Y lo interesante a resaltar aquí es que el suministro de los *Polaris* se plantea en el contexto del *desarrollo de una fuerza nuclear multilateral de la O. T. A. N., en consulta muy estrecha con los otros aliados de la O. T. A. N.* (punto 7).

He aquí un primer paso para el futuro inmediato: asegurar a la O. T. A. N. ciertos armamentos de las fuerzas ya existentes, pudiendo incluir elementos «procedentes de las fuerzas estratégicas de los Estados Unidos, del Mando británico de bombarderos y de las fuerzas nucleares tácticas actualmente en Europa. Estas fuerzas serían afectadas a una fuerza nuclear de la O. T. A. N. y sus objetivos serían definidos de acuerdo con los planes de la O. T. A. N.» (punto 6).

Lo cierto es que esta cuestión da pie para plantear «el desarrollo de Acuerdos nuevos y más estrechos para la organización y el control de la defensa occidental» y para consignar que «tales Acuerdos podrían aportar una mayor contribución a la cohesión política entre las naciones de la Alianza» (punto 5).

El presidente norteamericano y el primer ministro británico se declaraban convencidos de que, *además de disponer de un escudo nuclear, resulta importante tener una espada no nuclear*. A este fin se ponían de acuerdo en *la importancia de acrecentar la eficacia de sus fuerzas clásicas sobre una base mundial* (punto 10).

Otro extremo a consignar es que, en medio de las discusiones atómicas, los dos interlocutores de las Bahamas encontraban tiempo—momentos—para ocuparse de otras cuestiones: estado de las relaciones Este-Oeste después de la crisis de octubre en Cuba; asunto de las pruebas nucleares y del desarme; deseo de un arreglo sólido y duradero de la cuestión de Berlín; ataque comunista chino a la India; los problemas de defensa de la Península

india; la situación actual del Congo para llegar a una integración equitativa del país; estado actual de las negociaciones para la adhesión del Reino Unido al Mercado Común (con el interés de los Estados Unidos por una solución rápida y feliz de este problema).

II. *Espíritu de las Bahamas y defensa británica.*

De las entrevistas de las Bahamas, hemos de destacar—en la más concisa abreviatura—que Kennedy ha obtenido de Macmillan la alineación británica sobre las concepciones americanas de la política nuclear: suscripción del principio de la interdependencia; declaración contra la proliferación de las armas nucleares; y reconocimiento de la necesidad de aumento de las fuerzas clásicas.

A esa concreción se arribaba a través de una serie de hitos, algunos tan significativos—y tan azorantes, ahora—como los anotados a renglón seguido: 1) Conversaciones entre el ministro inglés de Defensa y el secretario estadounidense de Defensa (junio 1960): confirmación del acuerdo, en principio, Eisenhower-Macmillan sobre la cooperación en el desarrollo del *Skybolt*. 2) Visita del ministro británico de Defensa a los Estados Unidos (10-16 septiembre 1962), con el objetivo principal de discutir—sin formalidades con el secretario McNamara y otros estadounidenses—los más importantes temas de interés común en el campo de la defensa. 3) En 1960 decíase que el *Skybolt* era «un nuevo y muy avanzado sistema de armas». 4) En ese mismo año, el ministro de Defensa del Reino Unido sostenía: «Tenemos una muy poderosa fuerza de bombarderos V... en disposición [de acción] instantánea y con capacidad cada uno de ellos de llevar varias veintenas de Hiroshimas». 5) En tal año, la flota de bombarderos V era estimada como «una válida contribución al disuasivo, ciertamente hasta mediados de la década de los *sesentas*». 6) La eficacia del disuasivo será mantenida en los años *sesenta* por el uso de bombarderos V equipados con el *Blue Steel*, primeramente, y, después, con el *Skybolt* (Libro blanco sobre la defensa, 1962). 7) En el presente, sólo hay dos potencias [occidentales] con efectivas armas nucleares. Francia se convertirá en una potencia nuclear, pero no lo es todavía... (Macmillan, 26 junio 1962, en la Cámara de los Comunes).

* * *

Cinco fracasos en las pruebas del *Skybolt*—ingenio estratégico aire-suelo, transportado por un bombardero a reacción; concebido para alcanzar objetivos situados a 1.500 kilómetros de su plataforma volante—y su «enorme complejidad» explicaban que el secretario estadounidense de Defensa no incluyese nuevos fondos para su desarrollo en el próximo presupuesto.

Las conversaciones Kennedy-Macmillan (diciembre 1962) confirmaban esa postura.

Además, se argumentaba que, hasta entonces, los Estados Unidos habían gastado, o comprometido, 657 millones de dólares en la construcción de tal *fusée* y que los británicos habían invertido 25 millones de dólares para adaptar sus *Vulcans* a este proyectil. En una conferencia de Prensa, el presidente de los EE. UU. situaba el coste del sistema *Skybolt* en 2.500 millones de dólares (cifra en la que otros no están de acuerdo).

Piénsese, a la par, que el programa de *Minuteman*—I. C. B. M.—en silos protegidos ha disminuído la necesidad del *Skybolt*.

Pues bien; los británicos y los partidarios estadounidenses del *Skybolt* sostenían que los citados cinco fracasos carecían de significado, ya que casi todos los *missiles* han fallado en sus primeras pruebas. Por lo demás, los entusiastas de este artilugio veían en él—junto a los *Polaris* y a los *Minuteman*—una importante aportación a la mayor flexibilidad en el sistema de cohetes: una meta largamente perseguida por la Administración Kennedy.

En resumidas cuentas, la decisión de las Bahamas parece que va a reducir el papel del *Bomber Command*.

No obstante, Mr. Thorneycroft salía al paso—el 1.º de enero del año actual—del problema del *vacío*, el período de interinidad hasta la entrada en servicio de los *Polaris* (alrededor de finales de este decenio). El ministro británico señalaba que sería reforzada la capacidad de disuasión de los bombarderos V: continuación de la producción de los bombarderos *Vulcan II*; y fabricación de una versión mejorada del *Blue Steel*, destinada a equipar esos aparatos (aumentando su presente radio de acción: de 320 kilómetros), etcétera.

En definitiva, la factura a pagar por Londres es bien elevada—tanto sobre el plano diplomático como sobre el plano estrictamente financiero—. El regalo de Navidad de los americanos cuesta caro, subrayará *Le Monde*...

Y se aduce que el coste de la *solución Polaris* sería bastante aproximado al de la *force de frappe nationale* (*Le Monde*, 30-31 diciembre, pág. 3). Se-

gún el *Daily Telegraph*, la *operación Polaris* va a costar más de 250 millones de libras—es decir, más de 50 millones (unos 9.000 millones de pesetas) que el total del *programa Skybolt*—. Abrumadores horizontes, cuando las dificultades se acumulan sobre el Gobierno Macmillan, obligado a enfrentarse con problemas en todos los planos de la política, tanto en la interior como en la exterior...

Nótese la difícil situación económica de Gran Bretaña. Las últimas estadísticas son inquietantes: baja de la producción industrial; desequilibrio de la balanza de pagos; aumento del paro (566.196 personas en diciembre: el 2,5 por 100 de la población obrera). De hecho, la única esperanza de mejorar la situación consiste en restablecer la confianza de los industriales. Ella depende esencialmente de su *entrada* en Europa (Henri Pierre).

* * *

Por otro lado, son numerosos los comentaristas que han visto en las conversaciones de Nassau el cierre de un capítulo de la historia de los pueblos británico y estadounidense, el capítulo de los *lazos especiales*, de los *vínculos especiales* que la agresión hitleriana había tejido entre Roosevelt y Churchill. Desde entonces, los dirigentes británicos—conservadores o laboristas—han hecho todo lo posible por mantenerlos. Hoy, han cesado de existir, puesto que el presidente Kennedy decidía hacer a Francia la misma proposición que al primer ministro de Su Majestad.

Claro es que otros han visto realidades de otro signo. En el sentir del independiente *Times*, nos hallamos en el estadio en que las *relaciones especiales* entre Londres y Washington no tienen más sentido en el terreno político. No se trata ya de intereses divergentes, de prioridad o de acento, sino de una política diferente.

¿Más apreciaciones?

Se ha indicado que la presente crisis anglo-americana es la más seria desde la crisis de Suez (*Time*, 21 diciembre 1962, pág. 16).

Walter Lippmann ha mostrado una visión más optimista. De él es este pensamiento: «Si alguna vez fué cierto que el puente Londres-Washington se estaba cayendo, no hay duda de que los jefes de éste... van a reconstruirlo.»

Sea lo que sea, en el mejor de los casos, las soluciones de las Bahamas han generado previsionés de un tono más realista.

El *Financial Times* ha notado justamente: «Pronto nos veremos forzados a fundir nuestro esfuerzo de defensa con Francia o a aceptar el punto de vista americano sobre la fusión de las fuerzas nucleares nacionales en una sola fuerza de la O. T. A. N. En los dos casos, se trata de una pérdida de independencia y de un cambio mayor en las relaciones de la Gran Bretaña con los Estados Unidos y Europa.»

Por lo demás, los ingleses no habrán podido evitar hacerse dos reflexiones: 1.ª La buena voluntad y la docilidad manifestadas por el Gobierno de Londres, respecto a Washington, no han servido de nada y han llevado deliberadamente al aliado a renunciar a su arma de disuasión nacional. 2.ª La intransigencia del general De Gaulle le permite continuar poniendo a punto su fuerza nuclear.

En estas condiciones, se ven reforzadas las tendencias británicas en pos de una estrecha cooperación con Europa, y primero con Francia. Pero este perfil de la *vertebración* europea es otro asunto...

III. *La estrategia nuclear estadounidense y sus implicaciones político-militares. "Visiones" europeas.*

«Hay una simple verdad y un imprevisible futuro. La verdad: Washington y Moscú llevan veinte años de avance, sobre todos los otros países del mundo, en armamentos nucleares (ofensivos y defensivos). [Y] van a explotar juntos este avance, *para mantener la paz*. Lo imprevisible: América y Rusia no tienen los medios de impedir, en el futuro, que las armas atómicas se diseminen. Pero el día en que diez o quince Estados estén dotados [de armas nucleares], nadie—nadie en el mundo—puede prever actualmente lo que pasará.» (Jean-Jacques Servan-Schreiber.)

En cuanto al deseo estadounidense de mantener la paz, tenemos el criterio de Dean Rusk: uno de los medios para abordar el problema general del desarme es *la limitación de las «capacidades nucleares» nacionales*.

Estamos ante la *nueva concepción de la estrategia nuclear de los Estados Unidos*.

La Casa Blanca es tanto más sensible a las nociones de eficacia, tanto más hostil a la dispersión de los esfuerzos, cuanto más consciente es de que los U. S. A. disponen del noventa y tantos por ciento de la potencia nuclear occidental y de que tal potencial resulta ampliamente suficiente. Los Estados.

Unidos no ven cómo la adición de fuerzas europeas autónomas, en la esfera atómica, podría cambiar la relación de poder... Parejamente, se considera como irrevocable el compromiso estadounidense en Europa, como indivisible la defensa del Occidente y como un grave peligro—a descartar a todo precio—la proliferación de las armas nucleares. (Cf. *Le Monde*, 5 enero 1963, pág. 1, c. 1.)

A este respecto, son de mencionar los juicios vertidos por Kennedy en una entrevista televisada en el mes de diciembre. Mencionemos sus palabras más significativas: «No deseamos que seis o siete Potencias nucleares, en Europa, consagren sus fondos a proveerse de una fuerza nuclear, mientras los Estados Unidos disponen de un formidable arsenal. Pero si estos países quieren hacerlo, no se lo impediremos. Si los franceses deciden... convertirse en una Potencia nuclear, tal decisión es cosa de ellos. La cuestión es saber si los Estados Unidos deben ayudar a hacer una Potencia nuclear de Francia, de Italia después, de la Alemania Federal después, de Bélgica después.» Y el gobernante estadounidense seguía argumentando: «¿Cómo puede engendrar la seguridad el hecho de que diez, veinte, treinta Potencias nucleares puedan hacer entrar en acción sus armas en las diferentes situaciones?... ¿Por qué rehacer lo que nosotros hemos ya hecho...?»

Por esas fechas, Dean Acheson se declaraba—en *Foreign Affairs*—opuesto a la creación de una fuerza nuclear europea. «Es una ilusión creer que Europa pueda producir o [que] producirá una fuerza nuclear independiente de disuasión...» (Y, haciendo referencia a Acheson, ténganse en cuenta sus declaraciones sobre Inglaterra y sobre otros Estados europeos en *West Point*). Walter Lippmann explayaba conceptos de semejante tono: «Dentro de la... Alianza [Atlántica], es imposible tener una o dos fuerzas nucleares que sean *realmente independientes* de la fuerza principal.»

* * *

No podemos permitirnos más divagaciones sobre este dilatado asunto. Nos reclama una alusión el tema de la insistencia de Washington sobre el carácter necesariamente *multilateral* de la fuerza atómica a establecer.

Se ha hablado de la siguiente fórmula: los Estados Unidos, la Gran Bretaña y Francia constituirían una fuerza nuclear dotada de cohetes de alcance medio que o serían facilitados por los Estados Unidos o fabricados en común por británicos y galos. En el primer estadio, los Estados Unidos

entregarían ciertos tipos de cohetes. El control de ellos—es decir, el derecho de veto—sería ejercido conjuntamente por los tres Estados y un *standing group* nuclear se instalaría en París, compuesto de un almirante americano y de dos oficiales superiores inglés y francés (según informes de la A. F. P. y del *Daily Telegraph*).

Advirtamos que desde la Asamblea de la Unión Europea Occidental a los *Informes Rockefeller*, pasando por el *Washington Post*—múltiples horizontes—, han llegado recomendaciones en pro de la creación de una fuerza de disuasión europea multilateral.

Una de las principales ventajas de este entramado sería—desde el punto de vista estadounidense—evitar el establecimiento de un armamento atómico sin que la Alemania occidental se sintiera objeto de una discriminación (André Fontaine).

Pero, en otros rumbos, los franceses han sostenido que los U. S. A. desean un veto en la fuerza nuclear unificada, aunque—como se demostró en el caso de Cuba—Francia no ejerciese ningún veto contra los Estados Unidos (Walter Lippmann).

* * *

Bosquejados los elementos clave de tan enorme temática, se impone tocar un factor incluído en ella: el de las *armas convencionales*.

Véase la dialéctica de Washington: Europa no está a la altura de las obligaciones morales y políticas que le corresponden, mientras los Estados Unidos cumplen sus deberes como ningún país ha hecho en el mundo. Kennedy recordaba a los europeos que de 1948 a 1952 los Estados Unidos habían gastado 12.000 millones de dólares en Europa. Ahora bien; Europa—salvada en parte gracias a Washington—parece querer replegarse sobre su nueva prosperidad y atrincherarse detrás de sus intereses egoístas. Pone en marcha ruinosos proyectos de autodefensa, que desvían sus recursos de las tareas militares y económicas asignadas por la solidaridad del mundo libre. El presidente norteamericano mantenía categóricamente: «Ahora decimos que *la rica Europa occidental* debe aportar su contribución...» Y exponía su confianza en la colaboración europea a tan inmensa empresa: «Esperamos que la Europa occidental va a hacer un mayor esfuerzo, tanto en lo relativo al desarrollo de las fuerzas clásicas como en lo referente a la asistencia al mundo subdesarrollado...» «Esperamos que la Europa occidental—ahora que es próspera—va a asegurar su propia parte» (Kennedy, entrevista televisada en diciembre de 1962). (Ideas que ya se habían adelantado

—formulando el concepto de interdependencia—en el discurso en el *Independence Hall*, Filadelfia, 4 julio 1962.)

En esta ruta, McNamara reclama el aumento de las fuerzas clásicas. Y el Consejo del Atlántico insiste en la necesidad de *aumentar la eficacia de las fuerzas clásicas* y en el carácter indispensable de *fuerzas apropiadas y equilibradas*—tanto nucleares como clásicas—para permitir a la Alianza oponer la gama más variada de medios de respuesta a toda amenaza dirigida contra su seguridad (Cons. el comunicado final de la sesión ministerial del Consejo de la O. T. A. N., París, 13-15 diciembre 1962). Obsérvese también la concepción del Libro blanco británico—*The Next Five Years*—, publicado el 20 de febrero de 1962: «El Gobierno no cree que la defensa de Europa pueda dejarse sólo a las armas nucleares de largo alcance, ni que su destino pueda decidirse por... las fuerzas convencionales.»

Sin embargo, de un modo o de otro, distintos países de la Alianza Atlántica se han declarado faltos de medios para alcanzar el nivel de fuerzas asignado (así, Grecia).

No obstante, ciertos medios europeos reaccionan contra la dirección de *pueblos clientes*. Un comentario de la Prensa francesa—*La Nation*—puede aclarar algunas ideas en este terreno. Para tal periódico, el indiscutible sentido de la realidad de los estadounidenses debería hacerles entrever que «la rica Europa», que sostiene ya al dólar, no podría aceptar el destino—sin traicionar su destino—de no ser eternamente más que la obediente infantería de un *suzerain*, libre—en su armadura nuclear—de imponer su punto de vista de *suzerain*. En suma, las circunstancias cambian. Los europeos—que tienen una historia tan larga—son sensibles a las variaciones y aún a las vueltas de la historia. «Deben... prever que sus intereses y los de los Estados Unidos podrían divergir un día. Es su deber. Eso es todo.»

* * *

Tras lo antedicho, vayamos a la segunda parte de esta teoría.

Es de dominio común que el territorio de los Estados Unidos no se encuentra fuera del alcance de las armas de destrucción en masa desplegadas por la U. R. S. S. En esas circunstancias, «no aparecerá plausible—ni para nosotros, ni para nuestros aliados ni para nuestros enemigos—que quisiéramos utilizar nuestras fuerzas de represalias atómicas para otro fin que no fuese asegurar nuestra supervivencia nacional». Así lo afirmaba el general Maxwell Taylor, uno de los inspiradores de la nueva política de-

fensiva del Gobierno de Washington. Pero el militar norteamericano afirmaba más. Entremos en una de sus preguntas: ¿En qué condiciones estaría en juego la supervivencia de los Estados Unidos? Registremos su respuesta: «En dos casos bien definidos, que serían, respectivamente, un ataque atómico dirigido contra el territorio continental de los Estados Unidos o el descubrimiento de las pruebas indiscutibles de que está a punto de ser desencadenado un ataque tal.» El general Taylor ha añadido una tercer circunstancia: un ataque de envergadura contra la Europa occidental, la pérdida de esta región amenazando ulteriormente a los Estados Unidos.

Ahora bien; sostiénese que apenas es de temer el *ataque general* sobre el conjunto de la región cubierta por la O. T. A. N. Ello constituye la más improbable de las hipótesis. Lo más temible es la acción sobre uno de los Estados miembros, de forma que los otros estimen que se trata de una amenaza *menor*—aunque sea *mayor* para el país afectado—y, por consiguiente, prefieran el abandono del aliado a la responsabilidad de correr los formidables riesgos de la lucha.

Puntos de vista dimanantes de un escepticismo acerca de la aptitud de los hombres y las instituciones para combatir de manera duradera el *natural egoísmo de las naciones*. Existen europeos—p. ej., el general De Gaulle—que se resisten a creer en que *Babbitt* aceptará eternamente arriesgar su vida y el aniquilamiento de docenas de millones de sus compatriotas por mantener íntegramente la situación europea. Piensan que tienen derecho a decir su palabra en la definición de la estrategia común del Occidente y, cuando menos, a disponer de los instrumentos para forzar la mano de sus aliados, si éstos—*en la hora decisiva*—se hallan tentados por propósitos de abandono...

De ahí, en ese contexto intelectual, *la precariedad de las Alianzas*, pues no nos imaginamos a un pueblo que se suicide por la seguridad de otro (Pierre Gallois).

Y en este punto se inserta la desconfianza europea hacia la autoridad de los Estados Unidos, tras la crisis de Cuba. En Europa, nadie olvida que Washington ha asumido el riesgo de una guerra nuclear sin consultar previamente a sus aliados occidentales y para defender lo que consideraba sus *intereses vitales*. ¿Ha preguntado si Cuba constituía un «interés vital» para Europa y si ésta aceptaba, a la ligera, ver reducidas sus ciudades a cenizas si el problema hubiere degenerado en conflicto nuclear? ¿Y qué pasará el

día en que Europa juzgue que sus «intereses vitales» se encuentran amenazados en una determinada coyuntura y que Washington—detentador del virtual monopolio de la potencia nuclear—no comparte su convicción? (Vid. «Nassau: Terminus», *Jeune Afrique*, Túnez, 24-30 diciembre 1962, página 15).

Ahora bien; «no tener nada que decir mientras Washington y Moscú están al borde de una guerra nuclear, reduce a los europeos "al estado de países que son protectorados"», como decía Raymond Aron en el parisién *Le Figaro* (W. Lippmann).

En resumen, al final de esta argumentación, cabe trazar una *lógica* conclusión gala: a causa de los riesgos que entrañan el manejo y el uso de las armas de destrucción en masa, éstas no pueden ser las armas de una Alianza o de un sistema colectivo. *No hay defensa nuclear del Occidente, sino la autoprotección gracias al átomo de los Estados...* (P. Gallois). Ello conduce a pensar que todos los compromisos contraídos hace una decena de años—cuando eran otras las condiciones estratégicas—han perdido su valor. ¡Sugerentes estimaciones, que ofrecen motivos de meditación... y de discusión!

* * *

Ciertamente, estamos en un tiempo en el que ha llegado el momento de una dramática reconversión para cada una de las naciones de Europa y en el cual nuestro Continente dispone de excelentes triunfos. Ahí está el perfil—uno solo, a título de muestra—de su prosperidad recuperada, que le hace objeto de envidias y atracciones desde tantos meridianos.

Dentro de tal urdimbre político-económica, la forja de un *verdadero mundo atlántico*—con sentido pacificador, estabilizador, en un universo en transición—exige un temple espiritual y una autenticidad intelectual que, desdichadamente, no parecen poder encajar en los quicios políticos de nuestra hora...

LEANDRO RUBIO GARCIA.